



Escultura colgante de Jan Hendrix, en el centro del patio Nellie Campobello, punto de cruce de los ejes de La Ciudadela y antiguo espacio del cernidor de la fábrica de tabaco.

La Ciudadela

la ciudad de los libros

Arquitectura y libros en Ciudad de México

LUIS FERNANDO
GONZÁLEZ ESCOBAR

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

Impresiona. Por su tamaño, su historia, su arquitectura, sus características, su ubicación y por muchas cosas más. Es bella en todo el sentido de la palabra; como forma, contenido y proyecto cultural. Es una suma de tiempos, materiales y arquitecturas. Es grande, realmente grande, al menos para nuestra escala, tal vez no para una como Ciudad de México, *la ciudad posapocalíptica*, la de “la demasiada gente”, como la llamó Carlos Monsiváis. Pero, pareciera una estupidez, lo que más impacta es que es una biblioteca que tiene libros. Sí, libros. Y muchos. No como simple depósito, sino como razón fundamental de la propuesta arquitectónica, de las intervenciones estéticas y espaciales, específicamente las realizadas en las últimas décadas para convertirla en lo que hoy es: la nueva Biblioteca de México José Vasconcelos.

Pero, acaso, ¿no se supone que una biblioteca es de libros? Esa razón, entre necia y obvia, no la entendieron en nuestro medio —en el colombiano o, más local, en el de Medellín— algunos alcaldes y, principalmente, nuestros arquitectos, cuando se invirtieron millones y millones de pesos para hacer edificaciones que, entre su nombre, incluían la palabra “biblioteca”, y que, si bien se tienen libros, no cumplen ni responden a este como hecho central en todos los aspectos de la intervención. Cajas que bien pueden contener cualquier cosa, desde computadores para ocupar y distraer de alguna manera el tiempo inútil de los niños y jóvenes, hasta los más variados rituales del ruido

en talleres, manualidades, encuentros y un largo etcétera, pero donde no se convoca a la silenciosa relación entre el lector y ese objeto inventado por el hombre hace más de dos milenios, el que se resiste a desaparecer pese a los gurúes posmodernos que lo liquidan cada vez que pueden. Proyectos como aquella biblioteca implantada en la denominada Ciudadela de México, en el Centro Histórico de Ciudad de México, lo reivindican y prolongan aún más en el tiempo.

Curiosamente, en aquella ciudad que se prolonga casi que al infinito por el antiguo valle de Anáhuac hay dos bibliotecas en homenaje a José Vasconcelos, ese polifacético pensador mexicano que, junto a sus compañeros de la famosa generación del Ateneo, promovieron un gran cambio en la educación y el pensamiento que se proyectó a toda América Latina, en tanto esta fue el centro de sus debates, y la establecieron como una realidad social y política a partir de valorar la cultura y la estética de sus sociedades. Ambas bibliotecas, debido a las intervenciones arquitectónicas promovidas por los gobiernos federales en las últimas décadas, han estado en los últimos años en el debate arquitectónico, ya por su propio valor estético o por los aspectos políticos que se entrecruzan allí. Las dos tienen origen diverso y, debido a esto, tienen mayor o menor resistencia en su aceptación.

La más polémica de las dos es la más nueva, la bautizada a secas como Biblioteca Vasconcelos. Ubicada al norte del Distrito Federal, al lado de las contiguas estaciones Buenavista —nombre que reciben tanto la de una línea del Metro como la de los Ferrocarriles—, se encuentra en una zona abandonada por mucho tiempo que, con el proyecto, buscó ser regenerada, rehabilitada o revitalizada, siguiendo el *paradigma Guggenheim* de Bilbao (España), una ecuación simplificada en muchas ciudades (edificio símbolo = renovación), con los consecuentes y evidentes fracasos, del que este caso pareciera ser otro ejemplo más. Allí se implantó la megabiblioteca diseñada por un equipo encabezado por el arquitecto mexicano Alberto Kalach, después de haber ganado un concurso internacional convocado en 2003,¹ cuyo polémico fallo fue apenas el abrebocas de las discusiones luego de la inauguración de la obra en mayo de 2006 y su puesta en funcionamiento en junio del mismo año, por el gobierno de Vicente



Detalle de columnata y portada neoclásica por el patio norte, en el eje que va de la Plaza Morelos a la Plaza Tolsa, que da cuenta de la arquitectura original de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Fox, su promotor. Muchos vieron en la obra de la nueva biblioteca otro gesto megalómano propio de los gobernantes de todo el mundo, con despilfarro de dinero incluido (costó aproximadamente cien millones de dólares), la no priorización de las verdaderas necesidades de lo cultural, y la inauguración apresurada con fines electorales, lo que implicó trabajar a marchas forzadas, algo que derivó en el cierre posterior para remediar los variados problemas constructivos (como goteras, humedades, etc.), que aún no se han podido solucionar.

Lo cierto es que esta ambigua edificación se debate entre su quietud formalista externa y su visualidad futurista interior. El volumen es un contenedor, a manera de pirámide trunca, muy propia del pasado arquitectónico, de 270 metros de largo por 35 metros de ancho en su base, como un gran monstruo sedente en medio de un jardín de flora endémica mexicana, pero que no se articula y aparece aislado en este paisaje urbano duro y poco amable. Por el contrario, el interior sorprende de inmediato con un espacio central generoso a lo largo de todo el volumen con sus 28 metros de altura, donde los pisos y las estanterías



Vista desde el patio Nellie Campobello hacia el patio de la galería Zabłudovsky.



Interior de la biblioteca personal Jaime García Terrés, con la obra colgante *Tiempo suspendido* de Perla Krauze.



Patio I, patio de lectura alrededor del cual se encuentran las bibliotecas personales de José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Jaime García Terrés, Alí Chumacero, Carlos Monsiváis y el teatro Antonieta Rivas Mercado. Se destacan las columnas metálicas y en general la estructura de cubierta levantada sobre los muros perimetrales.

parecen flotar, pues con un manejo estructural de acero y vidrio permite cada piso, y con ellos las estanterías, colgar del techo e ir desplazando y abriendo los módulos a medida que se acercan estos al segundo piso, en medio de un escenográfico juego de luces y sombras; el primer piso, lustroso, solo se interrumpe en su continuidad en los dos puntos de escaleras, que dividen todo el espacio en tres secciones. Ese generoso espacio interior provoca vértigo en el recorrido por sus pisos vítreos y la fluidez espacial en todos los sentidos. Reclama tiempo para acostumbrarse a ese paisaje galáctico. Pero, precisamente, esta es otra de las críticas, pues para algunos esta es una propuesta futurista con un programa del siglo XIX, centrado en el libro, que para 2015 eran más de 600 mil volúmenes, cuando debería estar más pensado en lo interactivo y lo visual.

De menor espectacularidad arquitectónica, pero no por ello menos sorprendente, es la otra biblioteca Vasconcelos, mejor conocida, para evitar confusiones, como Biblioteca México José Vasconcelos, ubicada en un edificio histórico dentro de un contexto singularmente histórico, tanto ayer como hoy, conocido como La Ciudadela. Está en una antigua edificación a la vera de un camino en el suroeste de la ciudad, concebida como una fábrica de puros y cigarros en el último cuarto del siglo XVIII. En las disputas de esos años por suprimir las fábricas de la Renta del Tabaco en la Nueva España, es decir, las oficiales, y mantener la actividad artesanal privada de las cigarrerías, primó el interés monopolístico de la Corona española, manteniendo las fábricas existentes en distintas ciudades, ampliando algunas y construyendo nuevas, como en el caso de la de Ciudad de México, considerada la más importante y representativa de todas. La fábrica de esta ciudad ya funcionaba desde 1769 en un lugar alquilado,² por lo cual se requería una edificación más adecuada atendiendo a los avances técnicos de la industria del tabaco. El proyecto para la construcción de la nueva fábrica fue en buena medida otro ejemplo de las disputas y tensiones de los ingenieros y arquitectos que ejercieron en el mundo novohispano con los miembros de la Real Academia de San Fernando en Madrid, quienes no aprobaron un primer proyecto presentado por el ingeniero Manuel Mascaró, siguiendo



Interior de la biblioteca Carlos Monsiváis, con el perfil de Carlos Monsiváis y su gato, una obra del artista Francisco Toledo.

el modelo de la Fábrica de Sevilla. Un nuevo proyecto fue elaborado a partir de 1792 por Antonio González Velásquez, quien había llegado para ser director de arquitectura en la Real Academia de San Carlos, la primera que formaría arquitectos a este lado del mundo. A la espera de aprobación de los planos, se iniciaron las obras con la dirección del ingeniero militar catalán Miguel Constanzó, quien también participó en el diseño del proyecto introduciendo correcciones al mismo. Mientras se avanzaba en la construcción, el primer proyecto diseñado tuvo que ser reformado por los mismos arquitectos responsables de aquella propuesta, pues no fue aprobado por la Academia. Fue Constanzó quien, al menos hasta 1797, dirigió la obra.³ En 1804, luego de años de abandono del proyecto debido a la guerra entre España e Inglaterra, y a las consiguientes dificultades financieras, el proyecto se retomó hasta su culminación en 1807, con la dirección del arquitecto Ignacio Castera, aunque sin seguir estrictamente el proyecto inicial y limitándose a acondicionarlo de la mejor manera para instalar con prontitud la fábrica. ¿Por qué tanta insistencia en detallar este momento inicial del edificio? Sencillamente porque, pese a los variados usos y acontecimientos posteriores que incluyeron cuartelazos, alzamientos y revoluciones, el uso como armería, cárcel, hospicio de pobres o talleres

gráficos, mantuvo esa condición austera de una temprana arquitectura industrial, con sus fuentes y acequias para la cura y fermentado del tabaco, los numerosos patios para el secado, los cuartos para el reconocimiento y pesaje de las hojas, para la “escogedura”, el secado y el enterciado, o para el almacenamiento y la administración, entre otros requerimientos, todo eso aún perceptible en los espacios, la materialidad y aun en la estética de las fachadas neoclásicas, rigurosas y simples.

No es ningún lugar común decir que el espíritu del tiempo se siente en toda la manzana de La Ciudadela, enmarcada entre dos espacios públicos al norte y al sur —la plaza Morelos y el parque Tolsa—, y dos calles en el eje oriente-occidente —Balderas y Enrico Martínez—, al lado de la estación Balderas de una de las líneas del Metro. De ahí que sea considerado un monumento histórico desde 1931, una de las 668 manzanas de interés histórico del Centro Histórico de la Ciudad de México, declaradas y delimitadas en 1980. Un entorno con demasiada historia como para ser ajeno a ella y no determinar las nuevas intervenciones, hasta llegar a ser lo que hoy es.

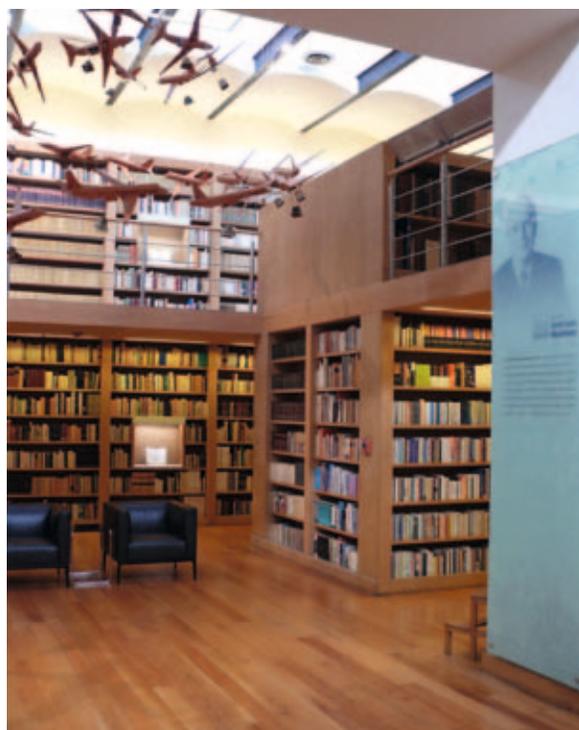
Como Biblioteca México, inició su andar a finales de 1946 con la dirección de José Vasconcelos, ocupando apenas un cuarto de todo el conjunto y compartiendo con otras actividades el resto de la edificación. Pero con la implementación del proyecto del arquitecto Abraham Zabludovsky entre 1987 y 1988, se le fue dando el carácter contemporáneo a la biblioteca, convertida en el corazón de la red de bibliotecas públicas de todo México. Zabludovsky, un arquitecto nacido en Polonia pero criado desde los tres años en México, pese a ser un abanderado de la modernidad y del funcionalismo, tuvo la sensibilidad para aprender de la tradición arquitectónica y mirar con respeto la arquitectura histórica, como en este caso, donde incluyó elementos de contemporaneidad pero sin agredir ni desvirtuar el edificio. Ejemplo destacado de ello fue la manera de cubrir los cuatro grandes patios interiores, para convertirlos en salas de colecciones y lecturas. Cuatro cubiertas planas de 45 por 45 metros, sostenidas en su centro por cuatro gruesas columnas metálicas de 10 metros de altura, articuladas en la parte superior, giradas a 45 grados con respecto al cuadrado de los patios, realizadas sobre la altura de los muros para

En aquella ciudad que se prolonga casi que al infinito por el antiguo valle de Anáhuac hay dos bibliotecas en homenaje a José Vasconcelos [...]

Ambas bibliotecas, debido a las intervenciones arquitectónicas promovidas por los gobiernos federales en las últimas décadas, han estado en los últimos años en el debate arquitectónico, ya por su propio valor estético o por los aspectos políticos que se entrecruzan allí.

generar una grieta en todo el perímetro que, junto con el retraso del cielorraso, permiten el paso de la luz y dan la sensación de levitación de las cuatro cubiertas. Un ejemplo de funcionalidad a la vez que una demostración de respeto, para generar bellos y airosos espacios sin demoler o agredir la arquitectura precedente, algo que repitió en otros patios rectangulares y en la manera de interpretar la forma de las columnas y su ritmo, para plantear otras de carácter contemporáneo. En todo esto hay un respeto y un diálogo planteado por este insigne arquitecto. De ahí que la última intervención, entre 2011 y 2013, con el Plan Maestro de BGP Arquitectos —formado por los arquitectos Bernardo Gómez-Pimienta, Luis Enrique Mendoza y Alejandro Sánchez—, no hiciera más que intensificar esta línea ya marcada.

Dicho plan tenía como propósito restaurar y rescatar el carácter del edificio, incluyendo el esquema de patios original, como lo plantean los mismos arquitectos, pero actualizándolo en términos de las instalaciones y equipamientos, entre ellos los de accesibilidad y ayudas para la población discapacitada. Todos los nuevos elementos contemporáneos, entre columnas, pérgolas, amueblamiento, jardines, espacios interiores y obras de arte, entran en diálogo con el carácter histórico de los edificios; por ejemplo, el contraste entre la textura de muros de piedras volcánicas y los acabados lisos, ya fuera en immaculado blanco o en los encendidos colores tan propios de la arquitectura mexicana. Otro tanto se puede decir de *El Cernidor*, un espacio nodal, pues está en el cruce de los ejes principales, donde se instaló una escultura de Jan Hendrix, que hace referencia en su liminaridad a la abstracción de las hojas de tabaco. La escultura cuelga en forma de cono invertido, señala el punto



Biblioteca José Luis Martínez, con la intervención artística de Betsabeé Romero. Un espacio donde se destaca la combinación de madera y vidrio propuesta por los arquitectos del proyecto para los pisos y las bibliotecas.

nodal, no interfiere con la circulación por la misma escala del edificio ni en su polivalencia, mientras algunos de los vanos rectangulares de las paredes dejan pasar chorros de luz que reflejan las texturas pétreas, y en otros se visualizan las fotografías de José Vasconcelos, Carlos Fuentes, Octavio Paz y otros próceres literarios.

En La Ciudadela tiene sede un centro de la imagen, más espacios administrativos, salas de exposiciones, auditorios y teatros, pero, fundamentalmente, como su nombre lo indica, el edificio está dedicado al libro. Una suma de librería,



Lucernario en el interior de la biblioteca de Alí Chumacero, en forma de quilla de barco.



Interior de la biblioteca Antonio Castro Leal, con la escultura de Alejandra Zermeño, en medio de la arquitectura de vidrio y acero propuesta por el arquitecto Bernardo Gómez-Pimienta.



Vitrina de la biblioteca Carlos Monsiváis, con libros firmados por grandes autores, dibujos elaborados por amigos suyos y reliquias de su propia colección.

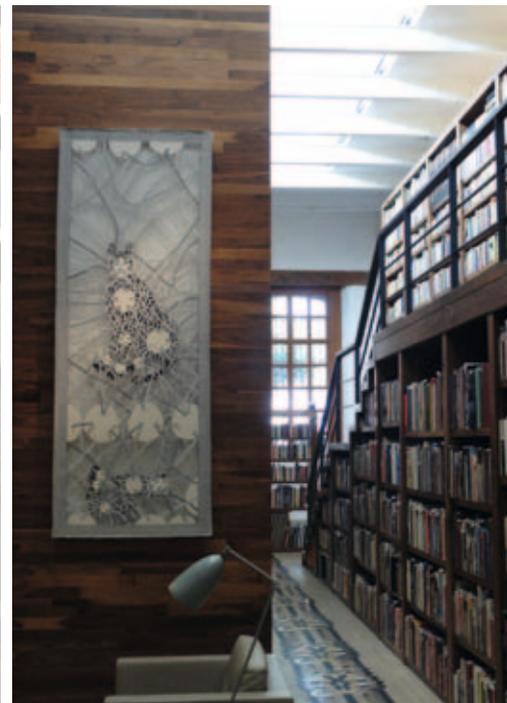
bibliotecas y salas de lectura. Contiene la inicial Biblioteca México, a la que se le han sumado, después de 2011, cinco bibliotecas personales de grandes intelectuales mexicanos: José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Jaime García Terres, Alí Chumacero y Carlos Monsiváis. La más pequeña de todas tiene más de 19 mil volúmenes, y la más grande más de 75 mil. Cada una en su propio espacio, fueron diseñadas por los arquitectos de acuerdo con el espíritu y la personalidad del personaje; de ahí también sus particulares materiales, como el tzalam —madera chapaneca— para la Jaime García, el machiche —madera del estado de Quintana Roo en Yucatán— para la Chumacero, el nogal americano para la Monsiváis, enciso americano para la Martínez y caoba para la Castro, aunque, en este caso, combinado de forma maravillosa por los arquitectos con el vidrio y el acero.⁴ El amor de Chumacero por la navegación fue la razón para inspirar un plafón en forma de quilla de barco donde se cuela la luz cenital, y se incluyó la réplica del árbol que tenía en su biblioteca. También las obras de arte hacen sutiles referencias, como los aviones de Betsabeé Romero que cuelgan en la Biblioteca Martínez, en referencia a su faceta de viajero como diplomático.

Los mosaicos de Francisco Toledo por el piso de la sala, junto al perfil de Carlos Monsiváis y el gobelino del gato, son una referencia inmediata a los felinos que tanto amó (podríamos decir su “gatomauia”, como para retomar el título del libro dedicado a él por el poeta José Emilio Pacheco en 1962, quien hizo la presentación de este libro del escultor Vicente Rojo publicado en 1961). Este libro reposa en la vitrina de entrada, con otros también dedicados a él, junto a caricaturas, objetos variados, muñecos de luchadores y todo ese mundo popular y de fetiches tan afín a las reflexiones y escrituras de Monsiváis. ¿Qué más se puede pedir para este espacio que ese espíritu juguetón y festivo de su vitrina de entrada?

En fin, toda una ciudadela de libros y autores. De libros y muchos lectores. Un conjunto arquitectónico de espacios generosos con memoria en los propios espacios, en los muros, en los estantes y en los miles de libros; algunos tan singulares y valiosos como el Libro Tercero y Cuarto del tratadista Sebastiano Serlio, exhibido en la Biblioteca Castro con la frase “con tratados como este se construyó la Nueva España”, como para reafirmar la relación entre el libro y la arquitectura en esa hermosa e inmensa ciudadela. Una suma de



Interior de la biblioteca Alí Chumacero



Interior de la biblioteca Carlos Monsiváis. Se aprecia el trabajo de piso elaborado por artesanos de Oaxaca y el cuadro del artista Francisco Toledo.

tiempos arquitectónicos puesta al servicio del libro y el lector.

En la ciudad monstruosa y de la desmesura, donde se anunciaba precisamente el fin de la ciudad, también el libro, al que se le proclama de manera reiterada su inminente extinción, es exaltado y vivificado en ese oasis de La Ciudadela, mientras en el Metro próximo, como escribió Monsiváis, se libra una “batalla álgida por el oxígeno y el milímetro”. Sí, definitivamente, es impresionante. ■

Luis Fernando González Escobar (Colombia)

Profesor Asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

Notas

¹ Fue un concurso a dos rondas; esto es, un primer jurado escogía siete finalistas entre todas las propuestas presentadas, y un segundo jurado elegía el ganador entre esos finalistas. El concurso se abrió el 2 de julio de 2003. Se presentaron 592 propuestas, 459 de arquitectos mexicanos y 133 de arquitectos de 31 países. El fallo definitivo se dio a conocer en octubre del mismo año. El grupo de arquitectos ganadores lo integró, además de Kalach, los arquitectos mexicanos Juan Palomar, Tonatiuh Martínez y Gustavo Lipkau. Los otros finalistas fueron proyectos encabezados por Isaac Broid y Juan Carlos Tello, también de México, Lluís Mateo de España, David Chipperfield del Reino Unido, Eric Owen Moss de Estados

Unidos y Héctor Vigglieca de Uruguay y Brasil. Para algunos, estos datos de la convocatoria a un concurso parecieran no solo un indicador de éxito, sino una garantía de la calidad del proyecto escogido, algo bastante dudoso por la suma entre competencia deportiva y carga subjetiva en el proceso de selección de unos cuantos proyectos entre tantas propuestas y en tan corto tiempo, aun para jurados entendidos y avezados como los que estuvieron a cargo de la selección.

² Guillermo Céspedes del Castillo. *El tabaco en la Nueva España*. Madrid: Real Academia de Historia, 1992, p. 126.

³ Tal vez por esta razón, en una placa en azulejo, en la fachada norte, obra de la “Dirección de monumentos coloniales y de la República”, se lee: “Este edificio se construyó para el estanco de tabacos según proyecto de Miguel Constanzo (sic) a fines del siglo XVII”; pero señala L. Omar Moncada Maya: “No hay duda de que González es el autor del proyecto, el cual fue corregido por Constanzo. Desgraciadamente, no sabemos hasta qué punto cambió el proyecto original con las modificaciones del ingeniero, pues al final se nombra a Constanzo ‘Ingeniero director de la obra’, mientras que González queda como su segundo. La participación de Constanzo se dio hasta 1797, año en que es nombrado cuartelmaestre del cantón de Orizaba”, en: “El Ingeniero militar Miguel Constanzo en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de la Nueva España”. *Scripta Nova*. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1.º de marzo de 2003, vol. VII, núm. 136, <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-136.htm>

⁴ Los arquitectos de cada biblioteca fueron: José Castillo de la García; José Vigil y Jorge Calvillo de la Chumacero; Javier Sánchez Corral y Aisha Ballesteros de la Monsiváis; Bernardo Gómez-Pimienta de la Castro, y Alejandro Sánchez de la Martínez.